

¿Fin de ciclo? Dátile y la llegada del PSOE al poder

Pierre-Paul Grégorio

Université de Bourgogne Franche-Comté

Con este trabajo, llegamos al punto final de una investigación iniciada en el marco precisamente de unas jornadas de PILAR⁹⁹ y proseguido con ocasión de un coloquio en Pau¹⁰⁰. Cerramos pues el ciclo de elecciones legislativas convocadas durante la Transición y que asentaron el conjunto del proceso. Pero, también, ese ciclo comprendido entre 1977 y 1982 plasma la realidad de la evolución – en decadencia y hacia la nada final – de un diario como el *Ya*, que había significado en los años del tardofranquismo un soplo de modernización y de perspectivas de porvenir en una España en la que, claramente, la clase política le iba a la zaga a la realidad de la calle. Y dentro de *Ya*, merece un lugar aparte Emilio Dáneo Palacios, *Dátile*.

⁹⁹ «*Dátile* y los españoles de la Transición frente a las primeras elecciones (junio de 1977)», in: M.C. Chaput (ed.), *Humor y sociedad en el mundo hispánico contemporáneo*, Paris, PILAR, Université Paris-X Nanterre, 2007, p. 47-65.

¹⁰⁰ «El humor: ¿un arma eficaz? El caso de *Dátile* en el periódico madrileño *Ya*, en las elecciones de 1979», in: B. Bottín y B. de Buron-Brun (eds.), *El humor y la ironía como armas de combate: literatura y medios de comunicación en España (1960-2014)*, Sevilla, Renacimiento, 2015, p. 553-575.

En el momento de las elecciones de junio de 1977, *Dátile* demostró tener una agudeza analítica que le permitió, efectivamente, transformarse en un testigo muy a tener en cuenta en esa España de la Transición inicial. Bien es verdad también que, a esas alturas del proceso, *Ya* todavía no había iniciado su declive, cuando menos no de manera tan acusada como ocurriría pocos años más tarde. Seguía siendo, aunque empezara a difuminarse, el periódico de los *Tácito*, el diario portavoz – con todas las limitaciones que se quisiera – de una Iglesia que parecía empezar a sentirse algo más cómoda con los nuevos tiempos en ciernes. Con las elecciones de marzo de 1979, Dáneo Palacios ya se había ganado nuevos galones dentro de la redacción del diario como bien demostraba su nueva ubicación en la geografía del periódico. Había pasado, efectivamente, de las páginas de «Humor y amenidades», al final de cada número, a la de «Opinión», codeándose pues con los editoriales y las firmas importantes de la publicación. En su universo, el *desencanto* rondaba también. Con toda la educada llamada de atención a la que el lector del diario de EDICA estaba acostumbrado en *Dátile*. Pero no por ello, menos presente y perspicaz. En octubre de 1982, tras el susto del 23-F, el sobresalto del *Manifiesto de los Cien* y la evidencia de que en la sede de Mateo Inurria las cosas ya no iban bien, se había producido un nuevo cambio en el emplazamiento de sus viñetas, pasando a la página 4 en la sección «Retablo sin maravillas», en la cual, junto a pequeños apuntes sin firma, pero que marcaban muy claramente la línea del diario, las viñetas de *Dátile* solían ocupar una posición muy central, atrayendo forzosamente hacia sí la mirada del lector. Ahora bien, contrariamente a los periodos anteriores, había dejado de ser el único dibujante del diario. Como un signo anunciador de cierta necesidad de renovación por parte del periódico de EDICA, «una empresa vetusta y anquilosada»¹⁰¹, tanto en sus formas como en sus mensajes. Como un anticipo también de que existía en su seno una conciencia de que el peligro de inadaptación creciente, ante la opinión pública nacional, no era meramente coyuntural¹⁰². Como expresaría,

¹⁰¹ José Antonio Martín Aguado; José R. Vilamor, *Historia del Ya. Sinfonía con final trágico*, Madrid, CEU Ediciones, 2012, p. 163.

¹⁰² Si durante la etapa final del franquismo – 1970-1975 – se vivió el «ascenso espectacular» de la difusión, llegando a sobrepasar los 190.000 ejemplares diarios y alcanzando el liderazgo en Madrid, cinco años más

años después, Francisco Muro de Íscar, que llegó a ser subdirector y director del diario en su etapa final, ese declive estaba anunciado desde mucho tiempo antes: «cuando yo ya entré en el periódico, ...dije: “vengo al New York Times”. Y era mentira: la organización del Arriba era infinitamente mejor que la del Ya. [...] Al periódico le faltaba dirección, le faltaba opinión, le faltaba organización a pesar de que parecía que era uno de los grandes... ¡y era uno de los grandes periódicos!, ... ¿entiendes?»¹⁰³.

***Dátile* en campaña: una implicación sin estridencias.**

El mes de octubre se abría pues, en el mundo de *Dátile*, con la definitiva certeza de que el PSOE ya había ganado las elecciones antes incluso de celebradas¹⁰⁴. Evidentemente, esto no parecía ser necesariamente del agrado del dibujante. Ahora bien, si tal estado de ánimo venía a confirmarse, lo hacía obviamente a través de ese mismo humor rara vez punzante de que solía hacer gala. Así, el mismo día uno de octubre, en una calle aparentemente vacía y según iban cayendo las hojas otoñales, dos personajes típicos de *Dátile* discutían sobre lo aparentemente ineluctable de los resultados de los comicios por venir. Paraguas en mano, y con la sempiterna cara de asombro desasosegado de los cincuentones del dibujante, uno de ellos, y con tal de hacer mentir los pronósticos, se agarraba al clavo ardiendo de la esperanza pueril por absurda: «¡Mira que si se equivocara la meteorología y no gana el PSOE!»¹⁰⁵. Este humor, conmovedor en lo que suponía de abatimiento asumido, apelaba a los manidos tópicos según los cuales las previsiones cotidianas del «hombre del tiempo» eran más cuestión de fe que de certeza objetiva.

tarde apenas si llegaba a 112.000. (Véase José Antonio Martín Aguado; José R. Vilamor, *Historia del Ya. Sinfonía con final trágico*, *op. cit.*, p. 15-16).

¹⁰³ Entrevista con el autor en el Consejo General de la Abogacía Española, Madrid, 20-VII-2006.

¹⁰⁴ Para Alfonso Guerra, la campaña se vio cargada de «la emotividad que producía saber que ganaríamos, que gobernaríamos» (Alfonso Guerra, *Cuando el tiempo nos alcanza*, Madrid, Espasa, 2004, p. 337).

¹⁰⁵ Ventana del día, *Ya*, Madrid, 1-X-1982.

Algo así, en suma, como podían serlo los vaticinios de las encuestas. Sobre este último punto, *Dátile* iba a mostrar con no poca perseverancia su más que ostensible recelo, por no decir, en algunos momentos, su visible temor por lo que podían suponer de despersonalización del ciudadano. Ahora bien, por muy absurda que pudiera parecer, tal comparación dejaba intuir el estado de ánimo del lectorado — o cuando menos, de una parte — del periódico. Ya fueran los menguantes seguidores de la casi extinta UCD o los crecientes adeptos de Alianza Popular, para todos ellos, lo que se vaticinaba como una victoria poco menos que arrolladora de los socialistas no podía sino inquietar. Con esa simple viñeta, *Dátile* consolidaba pues la idea de que todo parecía ya visto para sentencia. Y ello es, precisamente, lo que dejaba traslucir *Dátile*: sólo parecía quedar encomendarse a la suerte y tomarse en la medida de lo posible las cosas a chiste. Aunque, mirando los recuadros que publicaba el diario en la misma página, el peligro para España distaba de ser baladí: *Ya* no mostraba el más mínimo pudor en poner al mismo nivel, como catástrofe nacional que afrontar, al PSOE y a ETA, por muy diferentes que fueran los motivos para ello¹⁰⁶. El país estaba condenado a enfrentarse a las fuerzas más retrógradas que imaginar pudiera el lector. En cualquier caso, lo que sí dejaba patente el periódico era que la UCD había definitivamente dejado de ser el partido emblemático de la España de la Transición. *Dátile* lo plasmaba palmariamente en una viñeta en la cual una televisión humanizada en boxeador, y con cara de gran satisfacción, veía levantado su brazo izquierdo por un personaje vestido con el atuendo clásico de los presentadores de las veladas pugilísticas: «¡Vencedor por KO!»¹⁰⁷. Tumbado en el suelo, ojos cerrados y perdidas las gafas, un espectador anónimo. Tal era el resultado después de haber asistido el infeliz ciudadano a la intervención de Landelino Lavilla en el programa *La Clave*. Sin embargo, Lavilla no había sido el candidato que más había monopolizado la palabra durante una emisión que

¹⁰⁶ «¿Volverán las azadas y los candiles?», *Ya*, Madrid, 1-X-1982.

¹⁰⁷ Ventana del día, *Ya*, Madrid, 2-X-1982.

había terminado pasadas las dos de la madrugada¹⁰⁸. Ahora bien, el hecho de que *Dátile* se focalizara en él era, en suma, una manera de concretizar que lo que aún quedaba de UCD no tenía ya ni líder, ni futuro. Con todo, y como dando una nueva muestra de su sempiterno afán de nunca hacer sangre, el dibujante no insistía en las razones objetivas del KO del telespectador de su viñeta: le dejaba al lector la tarea de deducir si había sido por aburrimiento o por desesperanza. En cualquier caso, a través de *Dátile*, el periódico de EDICA dejaba patente que descartaba ya al partido centrista como opción válida para el inmediato porvenir. Todo esto se confirmaba en la viñeta del día siguiente cuando, en uno de los ambientes típicos de *Dátile*¹⁰⁹, unos niños jugaban al tenis, utilizando como imaginaria red el sillón en el cual un adulto, de espaldas, se hallaba enfrascado en la lectura del periódico, mientras los libros de texto aparecían tirados en el suelo. En el fondo, tres hombres y dos mujeres, con caras serias, hablaban formando corrillos. El tema de conversación, a tenor del comentario de los pequeños — «¡Ojalá duraran las elecciones todo el curso!»¹¹⁰ —, sólo podía ser evidentemente las legislativas. Dejando de lado lo puramente costumbrista de la situación descrita — en las precedentes elecciones, *Dátile* utilizó recursos muy similares —, lo realmente importante residía en que el adulto estaba consultando una página cuyo mensaje aparecía de manera incompleta. Pero, lo suficientemente explícita como para que el lector comprendiera inmediatamente: se trataba de la última encuesta realizada, sobre la cual *Dátile* no brindaba información explícita alguna como no fuera que los únicos partidos que aparecían mencionados, y que el lector podía ver por encima del hombro del personaje, eran el PSOE y AP, por este orden. Ciertamente es que *Dátile* no ofrecía ningún dato novedoso a sus lectores. Tampoco estaba ahí para eso. Pero quedaba patente que la seriedad de los personajes del fondo encontraba en la proyección de la encuesta en cuestión, su razón de ser. En otras palabras, el porvenir nacional se adivinaba de lo más incierto y

¹⁰⁸ Alfonso Guerra y Santiago Carrillo se habían llevado la palma en cuanto tiempo de palabra utilizado. («Ocho líderes políticos hacen campaña en Televisión hasta las dos de la madrugada», *El País*, Madrid, 2-X-1982).

¹⁰⁹ El lector contemplaba el salón de una casa de familia de clase media.

¹¹⁰ Ventana del día, *Ya*, Madrid, 3-X-1982.

únicamente los niños, en su despreocupada inconsciencia, podían encontrar motivos de regocijo. De alguna manera, *Dátile* estaba sencillamente — y modestamente — tratando de movilizar al electorado más afín a las corrientes derechistas. Y ello, con un objetivo claramente sugerido: evitar nuevas y dolorosas decepciones nacionales. Para plasmarlo, la reciente humillación de la demasiado temprana eliminación durante la copa del mundo de fútbol celebrado en casa, apenas tres meses antes, vino a servir de perfecto ejemplo. En efecto, con un banderín de córner al fondo, bajo los palos de una portería inmensa y con nueve balones dentro ya de ella, un personaje perfectamente trajeado dejaba escapar su ansiedad ante el temor de una nueva desilusión colectiva. «¡A ver si nos van a meter los últimos goles del Mundial 82...!»¹¹¹. *Dátile* se apoyaba en dos elementos esenciales para transmitir el mensaje: por un lado, la reactivación de las emociones negativas generadas a nivel nacional por la debacle de los hombres de Santamaría; por otro, su humor alimentado por la desconexión entre el decorado y la situación presentada en su conjunto: con tal portero, tan diminuto y tan palmariamente inadaptado, la goleada estaba más que garantizada. El aviso estaba pues lanzado, aunque, bien mirado, quedaba sin embargo una pregunta en el aire: en la viñeta de Dáneo Palacios, no estaba claro quién saldría realmente perdiendo en caso de victoria socialista, si España o si la mesocracia que seguía siendo la base del lectorado de *Ya* y, se suponía, de la estabilidad nacional. En realidad, no había distinción posible: para *Dátile*, España y clase media — más bien alta — estaban íntimamente vinculadas. De alguna manera, esto venía a confirmar el proceso de derechización del discurso del periódico. Para este último, UCD estaba definitivamente muerta y, por ello, sólo quedaba AP. A partir de esta premisa, cabe preguntarse qué imagen de los españoles ofrecía el dibujante. Nos encontramos entonces ante dos opciones que se imponían prioritariamente.

Mientras paseaban un perro, en una viñeta con fondo absolutamente blanco, dos hombres con cara manifiestamente compungida, como era muy habitual en los personajes masculinos, iban filosofando sobre lo muy humano. Con una convicción

¹¹¹ Ventana del día, *Ya*, Madrid, 5-X-1982.

profunda y era que, en la vida en general, la inestabilidad y la ansiedad nunca podían ser fruto de un razonado cuestionamiento de las cosas sino, más bien al contrario, de una desmedida certeza en el propio juicio de cada cual: «Pues me parece a mí que lo peligroso no son los indecisos, lo peligroso son los que no tienen dudas...»¹¹². Evidentemente, *Dátile* no explicitaba más allá el objeto preciso de la elucubración de su personaje. Aparecía pues como una especie de máxima engendrada por el sentido común o por la experiencia, propios de quien tiene ya experiencia de la vida. Con ello, el dibujante dejaba entonces al lector ante la tal vez difícil tarea de determinar a qué podía estar refiriéndose concretamente. En cualquier caso, *Dátile* dejaba entrever una España con demasiados síntomas aún de rigidez y, precisa y paradójicamente por ello, no del todo segura de sí misma. El dibujante plasmaba así su convicción de que se había llegado a un punto en que la ideología se habría impuesto al pragmatismo, que, en definitiva, no dejaba de ser sino la positiva concretización de un grado agudo de realismo. Olvidar esta sencilla evidencia sólo podría conducir, de completar el discurso del personaje, a un inevitable estado de crispación: ése podría ser el verdadero peligro en cuestión. Tal vez, claro está, *Dátile* hacía así referencia a la ebullición propia de los discursos de una campaña electoral, máxime cuando, repetían machaconamente las encuestas, los socialistas podían y tenían que triunfar. Ahora bien, como atento espectador de la realidad cotidiana, nada tendría de extraño que lo críptico del mensaje del dibujante – militar de carrera – estuviera en relación directa con el desmantelamiento, apenas cuatro días antes, de una nueva tentativa de golpe de Estado prevista para el día 27 del mismo mes. En suma, su viñeta vendría a ser una condena de los impenitentes «salvapatrias» que seguían autoatribuyéndose derechos que para nada les correspondían. Y, de paso, cogería hasta cierto punto a contrapelo la línea del diario que, desde que Castaños tomara sus riendas, se había derechizado marcadamente: sin salirse de lo constitucionalmente admisible, pero sin negarse la posibilidad, como durante el episodio anterior del *Manifiesto de los Cien*, de mostrar un apoyo más que evidente a los militares que pudieran cuestionar esa misma Constitución. Como quiera que fuera, el hecho de no mostrarse

¹¹² Ventana del día, *Ya*, Madrid, 6-X-1982.

preocupado por la hipotética indecisión de la opinión pública no significaba, sin embargo, que no se tuviera que obrar en favor de una participación en los comicios que asentara definitivamente el sistema. Ello quedaba plasmado en una viñeta sin palabras, en la cual un obrero se afanaba duramente en taladrar un inmenso bloque rectangular en el cual aparecía la palabra «Abstención»¹¹³. Según *Dátile*, todo parecía pues indicar que los españoles, a tres semanas de las elecciones, seguían sin ver despejado el panorama. Y aquí, aparece ya uno de los elementos que van a marcar el análisis del dibujante. En efecto, contrariamente a las elecciones de 1977 y de 1979, a Dáneo Palacios parecía ahora costarle más captar las verdaderas corrientes que atravesaban la sociedad. Como iban a demostrar los resultados finales de las elecciones, ese temor a una abstención masiva estaba del todo infundado: apenas si rondó el 20%, siendo así inferior a las de 1977 (algo menos del 23%) y también a las de 1979 (inferior al 32%). Tal vez consciente de la curva hasta entonces ascendente de la abstención, *Dátile* actuara aquí en cierto modo por reflejo: el tópico «datilesco» por excelencia en los comicios anteriores residía en incitar al lector a votar por simple deber cívico. Sin embargo, resulta difícil no pensar en que, lo que realmente temía, era la abstención de toda una franja del electorado que, sin plantearse votar por los socialistas, tampoco se reconocía en la oferta electoral de AP. Esa misma impresión de creciente desacoplamiento del dibujante con la realidad de la opinión pública española se manifestaba igualmente al buscar dar testimonio de una profunda desazón que, según él, seguiría atenazando a buena parte de los españoles.

Una democracia recién estrenada y ya desvirtuada

En realidad, *Dátile* buscaba dejar constancia de que sus conciudadanos habían ya definitivamente comprendido que, en un sistema democrático y a pesar de todos los pesares, el voto, por sí solo, no era en absoluto suficiente para ver concretizadas las esperanzas suscitadas por las promesas electorales. Con la ingenuidad propia de muchos de sus personajes, una pareja de ancianos — salón

¹¹³ Ventana del día, *Ya*, Madrid, 7-X-1982.

con la tradicional mesa camilla, una televisión al fondo — pasaba tranquilamente la tarde. Mientras ella — gafas y chal — hacía punto, él escribía una carta, con la bufanda al cuello y la boina bien calada para dejarle claro al lector su origen humilde. *Dátile* introducía así al lector en la conversación que manifiestamente tenía la pareja justo en el momento en que el marido intentaba justificar lo que muy probablemente parecía un despropósito a los ojos de la mujer: «¡Hombre, yo creo que ya que voto a un partido por correo, sería tonto no aprovechar para decirles porqué los voto...!»¹¹⁴. Esa pequeña burla, exenta de toda maldad, del dibujante hacia su personaje, traducía la ausencia de verdadera empatía entre la clase política y los electores a los cuales apelaba. De ahí que ese hombre del pueblo pareciera no comprender las razones por las cuales sus auténticas necesidades no fueran tenidas en cuenta, mostrándose pues dispuesto, pese a todo, a cargar él mismo con parte de la culpa de sus propias desilusiones anteriores. Por ello, la peregrina idea del correo explicativo. Pero, más allá de lo absurdo e irrealista de la situación, *Dátile* no dejaba sin embargo de apuntar el distanciamiento que, para él, seguía existiendo entre élites y pueblo llano. En España, las clases políticas dirigentes, desde sus particulares torres de marfil, habían dejado de enfrentarse a los verdaderos problemas del país, de atreverse a ir al fondo de las cuestiones por solventar. Y, todo ello, a pesar de los inevitables cambios del propio personal político. A todos los damnificados por la recomposición política tras el 23-F, dedicaba *Dátile* una viñeta en la cual aparecía un hombre, con un bebé en los brazos, y que pedía en la calle la limosna de un voto: en lugar del clásico cestillo, el dibujante presentaba una urna transparente detrás de la cual aparecía un cartel indicándole al transeúnte que quien lastimosamente pedía era un «político en paro y sin ninguna lista que le cobije»¹¹⁵. Un humor por una vez macabro para señalar los excesos que estaban dispuestos a cometer los políticos con tal de conseguir seguir ocupando las funciones que habían sido suyas hasta entonces. Más que provocar lástima, tal viñeta movía, como mucho, a risa despreciativa. Y es que, manifiestamente, lo esencial era y sería seguir formando parte de los círculos del poder, incluso a distancia y aunque

¹¹⁴ Ventana del día, *Ya*, Madrid, 9-X-1982.

¹¹⁵ Ventana del día, *Ya*, Madrid, 10-X-1982.

ello exigiera un cambio de etiqueta. En otras palabras, *Dátil* plasmaba así, indirectamente, esa complicidad culpable que, a pesar de las divergencias explícitas, unía a los diferentes miembros de las élites dominantes. Ello explicaba, finalmente, lo insípido de los debates y lo inconsistente, aparentemente, de las propuestas de unos y otros. No otra cosa decía el personaje que, cabizbajo y hablando como a media voz, le comentaba a otro: «Pues yo le aseguro a usted que ni Felipe, ni Fraga, ni ninguno le aguanta un debate, televisado o no a aquí mi señora...»¹¹⁶. Una «señora»—cigarrillo en ristre, ojos fruncidos y cara de pocos amigos — que encarnaba a la perfección la típica matrona de armas tomar, emblemática del universo de *Dátil*. En otras palabras, enfrentados a la realidad de la España de todos los días, los políticos nunca conseguirían dar la talla. O, lo que era lo mismo, ofrecer soluciones. Para muestra, una semana antes del voto, el botón del sempiterno problema de la pesca: atrapado entre cuatro postes unidos por un cable – Europa, Marruecos, Portugal y Resto del mundo – se hallaba un barco bautizado «Pesca española»¹¹⁷. Por muy humeante que estuviera su chimenea, se veía definitivamente imposibilitado para salir a faenar. En otras, palabras, se sabía condenado a desaparecer. Mientras, la campaña por las elecciones sólo ofrecía promesas y discursos. O, como desacreditaba *Ya* al mismísimo Adolfo Suárez, «cuando [las] cosas se dicen con un puro “Cohibas” en la boca, todo se convierte en humo»¹¹⁸. Se trataba de una evidencia tan palmaria que incluso los niños lo sabían. Así, camino de la escuela, y con cara de honda preocupación, un pequeño le comentaba a su amigo: «Como las cosas sigan así, a nosotros nos va a coger escolaridad obligatoria hasta los treinta años y jubilación a los cuarenta»¹¹⁹. ¿Como extrañarse entonces de las persistentes dudas a la hora de depositar el voto? De alguna manera, *Dátil* transmitía la impresión de que, para la sociedad española, las elecciones seguían en buena medida siendo un misterio. Por lo menos, para la parte que,

¹¹⁶ Ventana del día, *Ya*, Madrid, 14-X-1982. Una mujer, en este caso, de clase media-alta.

¹¹⁷ Ventana del día, *Ya*, Madrid, 22-X-1982.

¹¹⁸ «La frase», *Ya*, Madrid, 22-X-1982. Un dardo que muy bien hubiera podido dirigir también a Felipe González. E incluso, por qué no, al propio Rey... Pero *Ya* no iba tan lejos.

¹¹⁹ Ventana del día, *Ya*, Madrid, 12-X-1982.

por edad, había crecido con el franquismo. Sólo así se podía comprender el que un personaje se planteara muy seriamente, entre confuso y atribulado, una opción de voto cuando menos original: «¡Si yo no votara a quien voy a votar y votara a quien no voy a votar, igual ganábamos las elecciones...!»¹²⁰. Como de costumbre, el humor de *Dátile* nacía de lo ilógico de una situación que hundía a sus personajes en la más profunda de las perplejidades. Hasta el punto de no saber muy bien qué significaba ese «nosotros». Pero ello no era sino la manifestación de una sociedad — o de parte de ella... — que se sentía abiertamente desamparada ante una evolución que ni comprendía del todo, ni mucho menos controlaba. Ante tanto desconcierto — del que también se hacían eco otros diarios conservadores, por razones muy similares a las de *Ya* —, no quedaba entonces más remedio que remitirse a lo que los sondeos adelantaban o sugerían. Algo que, manifiestamente, preocupaba tanto al dibujante como al propio diario de EDICA que veía en las encuestas infaliblemente «manipuladas [un medio] para orientar el voto de los indecisos»¹²¹.

Para *Dátile*, la profusión de encuestas de opinión había pasado a ser tal que ya, en cierto modo, se podía asimilar a una voluntad de intromisión en los ámbitos más privados de cada español¹²². Ese remitirse constantemente a la evolución de los sondeos, como brújula infalible para mejor comprender el ánimo de los electores, terminaría tarde o temprano, según el dibujante, por desembocar en situaciones aberrantes, cuando no esencialmente antidemocráticas. Como botón de muestra, *Dátile* ponía en escena a dos personajes representativos obviamente de las élites nacionales. El primero, relativamente joven, en posición de subordinación, se encontraba de pie apoyado en la mesa de despacho del segundo, sentado, bien trajeado, con un puro enorme y, claramente, de mayor edad. Este último le ordenaba «hacer una encuesta de lo que votarían,

¹²⁰ Ventana del día, *Ya*, Madrid, 17-X-1982.

¹²¹ «La frase», *Ya*, Madrid, 24-X-1982.

¹²² No otra cosa dejaba adivinar el enfado de un personaje, en su cuarto de baño, y que, a punto de cepillarse los dientes, veía aparecer por el desagüe de su bañera un periscopio. (Ventana del día, *Ya*, Madrid, 8-X-1982)

si pudieran, los que no están en el censo»¹²³. *Dátile* se refería evidentemente a la noticia publicada, según la cual, unos 800.000 electores habrían sido excluidos de un plumazo del censo de Madrid, sin justificación verdadera alguna como no fuera la incuria administrativa¹²⁴. Sólo que, en el universo del dibujante, el despropósito de tal error encajaba perfectamente con el sinsentido de pretender sistemáticamente comprender las motivaciones del electorado a base de estadísticas que, como parecía ser el caso, podían muy bien ser completamente erróneas. El humor de *Dátile* seguía siendo ligero, para nada sarcástico. Ahora bien, no era menos cierto que aparecía ya notoriamente cargado de tintes más negativos: esas élites así encarnadas parecían haber perdido todo sentido común¹²⁵. Hasta el punto de haber conseguido pervertir la relación entre ellas y una opinión pública por la que se suponía debían trabajar. Más que confianza, lo que se había desarrollado era la inestabilidad y, como consecuencia, cierto grado de inmadurez que, a la postre, obligaba a refugiarse en una guía preconfigurada de pensamiento grupal como única vía de sosegar ante su propio futuro individual. Así, el personaje de una viñeta, apenas cuatro días antes del escrutinio, mostraba su apresuramiento por descubrir la «última encuesta» que anunciaba el diario que tenía en sus manos. Y no, sencillamente, para mantenerse informado, sino para saber – por fin – «qué quiere [...] que haga»¹²⁶. Los valores esenciales de una auténtica democracia se hallaban de tal guisa invertidos: el ciudadano-elector no era ya actor de la dinámica de transformación nacional, sino simple ejecutor. Lo que, para el dibujante, no dejaba augurar nada bueno. Tomando pretexto del drama de la «pantanada» de Tous, muy pocos días antes, *Dátile* escenificó a un hombre, subido a un árbol arrancado que flotaba sobre aguas encrespadas, mientras seguía lloviendo sin cesar. Desesperado, clamaba al cielo: «¡pero es que aquí no puede haber

¹²³ Ventana del día, *Ya*, Madrid, 19-X-1982.

¹²⁴ «Demasiada exclusión», *Ya*, Madrid, 19-X-1982.

¹²⁵ Otra cosa muy distinta era la manera de actuar de los líderes políticos que, sin suscitar ningún elogio exagerado, sí parecían obtener un mayor grado de aprobación del dibujante: Reagan y Thatcher. No tanto por lo que podían hacer, sino más bien por el hecho de demostrar que sabían hacia dónde querían llevar a sus respectivos países.

¹²⁶ Ventana del día, *Ya*, Madrid, 24-X-1982.

moderación en nada...?»¹²⁷. Como un símbolo de lo que, a juicio de Dáneo Palacios, podía sobrevenirle al ciudadano de a pie tras las elecciones. Y es que, cuando uno de los lemas clave del partido supuesta y anticipadamente vencedor era «Por el cambio», el temor a no saber – o no poder o no querer – encauzarlo correctamente no podía sino engendrar serios temores. De ahí que, para el diario la única alternativa auténticamente válida por verdaderamente nacional sería «darle a nuestro país el rumbo que precisa, con mano firme»¹²⁸. Cuando menos, desde la perspectiva de *Ya*. De hecho, para *Dátile* resultaba claramente muy difícil confiar en un personaje como Felipe González. Y no por el supuesto tufo revolucionario del programa que defendía. Más bien al contrario, por muy paradójico que pareciera. Efectivamente, *Dátile*, llevó hasta su «ventana» diaria la exhortación del líder socialista a confiar en el porvenir – hasta ahí, nada anormal – y a manifestarlo invirtiendo en Bolsa. Una invitación que no cuadraba con lo que, se suponía, representaba el líder socialista. De ahí que un personaje preguntara, con el edificio de la Bolsa al fondo, «Y si Felipe González hubiese invertido en Bolsa cuando lo dijo, ¿cuánto habría ganado hasta ahora?»¹²⁹ Implícitamente, *Dátile* planteaba simultáneamente el desconcierto del español de la calle ante lo que aparecía como una incongruencia y una de las razones subyacentes para esa duda pertinaz en el electorado: ¿cómo fiarse de las promesas y de los programas? De ahí que incluso el estribillo del «voto útil» – para frenar en lo posible lo que se adivinaba como marea socialista – no tuviera ya sino un efecto muy limitado en el electorado: el único realmente «útil» sería aquel que consiguiera reportar beneficios individuales e inmediatos, como sentenciaba el clásico personaje femenino¹³⁰. Ahora bien, no había que ver en ello una denuncia, por parte de *Dátile*, de un egoísmo insufrible y definitivo de los españoles, sino más bien la consecuencia lógica de un desencanto enquistado: no había razón para que las élites, que habían llevado al país a la

¹²⁷ Ventana del día, *Ya*, Madrid, 23-X-1982.

¹²⁸ «La frase», *Ya*, Madrid, 19-X-1982.

¹²⁹ Ventana del día, *Ya*, Madrid, 16-X-1982.

¹³⁰ Ventana del día, *Ya*, Madrid, 26-X-1982. En la calle, le espetaba a su marido: «¡Déjame de sutilezas! ¡Para mí voto útil sería el que te hiciera por lo menos subsecretario...!»

situación en la que se encontraba, fueran las únicas, en resumidas cuentas, que sacaran provecho del «cambio» anunciado.

Con todo, así se llegó al 27 de octubre, día de reflexión, que *Dátile* concretizó con una piel de toro en la cual aparecía una puerta cerrada con el cartel de «no molestar» colgado. Un mensaje finalmente políticamente aséptico, como correspondía a la fecha. Al día siguiente, el dibujante siguió alentando al lectorado del diario a ir a votar, sin necesariamente demasiadas esperanzas: la viñeta ponía en escena a dos personajes, el más joven intentando hacer llegar el mensaje, a voz en grito, al segundo que, con cara de total incomprensión, orientaba su trompetilla hacia el origen del mensaje, sin por ello conseguir descifrarlo¹³¹. Comicidad muy relativa de la escena, evidentemente. Pero que, con la presencia de un instrumento totalmente desfasado y caído en completo desuso como único medio de comunicación, denotaba lo arduo de hacerle ver a cierto electorado lo esencial de acudir a los colegios electorales. La edad del personaje sordo no dejaba lugar a dudas sobre los destinatarios de la súplica. No por querer obviamente asimilar a los lectores del diario, y potenciales votantes de AP, a auténticos carcamales, desfasados con respecto a la dinámica democrática nacional. Más seguramente como un medio de incitar, precisamente, a insertarse activamente en esa onda de transformación que se avecinaba, pero desde una perspectiva «liberal-conservadora», para retomar la propia definición de la formación de Manuel Fraga. Para *Dátile*, tanto como para *Ya*, todo parecía empero indicar que lo esencial no estribaba en evitar la victoria socialista, sino en limitar su alcance. Algo que, a la vista de la mayoría absoluta obtenida, no pasaba de lo utópico.

¿Y después? La bipolarización como ocasión definitivamente perdida.

El día 29 amaneció pues con el triunfo aplastante del PSOE y el malhumor de un personaje que de espaldas al lector y todavía en pijama, iniciaba una nueva jornada laboral, sentado en el borde de la

¹³¹ Ventana del día, *Ya*, Madrid, 28-X-1982.

cama y mirando el despertador: «El día siguiente a las elecciones debería declararlo “Día de la relajación”»¹³². Después de tanta agitación electoral, el retorno a la rutina se antojaba particularmente penoso. Ni rastro de la más mínima esperanza, mucho menos de alegría. Como si el resultado de las elecciones se hubiera visto inmediatamente disuelto en lo cotidiano: no en vano, volvía a aparecer el costumbrista personaje de la castañera, preocupada, eso sí, por una meteorología tan clemente que no invitaba a calentarse las manos con las castañas en un cucurucho de papel. No, contrariamente a lo que había podido imaginar – o esperar – *Dátile* a primeros de octubre, el «hombre del tiempo» no había errado en su pronóstico de previsible trastocamiento de lo hasta entonces conocido. Para los personajes de *Dátile*, había pues motivos más que sobrados de sentirse desestabilizados por el giro de los acontecimientos. En suma, y aun de manera tan moderadamente crítica como solía hacerlo, Dáneo Palacios vaticinaba que no todo serían parabienes con el «cambio» prometido y ya, por obra y arte de las urnas, en vías de realización¹³³. Olvidaba, sin embargo, que el PSOE había buscado dejar claro que no se produciría «un salto al vacío, un vuelco electoral de consecuencias pasajeras»¹³⁴. Y, en esto, traslucía ya la desconexión existente entre la mirada del dibujante y el estado de opinión que, en ese momento preciso, era el dominante. En efecto, para *Dátile* la sociedad española de octubre de 1982 no dejaba de estar desganada, como herida y sin verdadera visión de futuro. En ello, radicaba la diferencia de opinión – relativa con respecto a 1979, radical en comparación con 1977 – de un dibujante, cronista sintético del acontecer diario, que aparecía netamente más pesimista. Y es que la sociedad española cambiaba, sí, aunque tal vez demasiado rápido. Cuando menos para quienes lo tradicional representaba una garantía de seguridad. No sin ternura, *Dátile* representaba así a dos señoras

¹³² Ventana del día, *Ya*, Madrid, 29-X-1982.

¹³³ En esto, *Dátile* no hacía obviamente sino ajustarse a la línea del diario que, muy oportunamente, había sacado a relucir días antes una frase Tierno Galván, en 1980, en la cual afirmaba, como sin darle mayor importancia, que «en las propagandas electorales siempre se miente» («La frase», *Ya*, Madrid, 23-X-1982).

¹³⁴ Eduardo Sotillos, 1982. *El año clave*, Madrid, Santillana Ediciones, 2002, p. 33.

mayores, paseando en la tarde otoñal, que comentaban que «ni siquiera Don Juan Tenorio ha conseguido escaño este año»¹³⁵. Y era que, efectivamente, la consabida y secular representación de la obra de Zorrilla, para el día de difuntos, no se había llevado a cabo ese mismo año de 1982¹³⁶. En realidad, cabría decir que esa desconexión antes evocada tenía visos de ser ya irremediable. O, cuando menos, muy difícilmente corregible. Como si, sobre todo, *Dátile* dejara así adivinar cómo la que seguía siendo «su» clase media, tras haber perdido el referente del partido con el cual se había identificado, se sentía un tanto desnortada. Sólo con la visita del Papa Juan Pablo II a España, recuperaron algo de optimismo los personajes del dibujante. Pero muy fugazmente: apenas dos viñetas para celebrar el acontecimiento. En otras palabras, el pesimismo y la pesadumbre de *Dátile*, aun contenidos, sólo eran las premisas del declive ya iniciado del diario católico, incapaz a partir de ahí de adaptarse a las nuevas orientaciones y dinámicas de la vida política que, por más de treinta años, se erigirían como base incuestionable del sistema¹³⁷.

Obviamente, *Ya* no mostró abiertamente ningún signo que pudiera dejar pensar, de entrada, en semejante imprevención. En el caso de *Dátile*, sus viñetas se centraron sobre todo en dejar constancia de que quienes se habían quedado al páiro, eran, antes que nadie, los políticos que, hasta hacía bien poco, habían desempeñado papeles centrales en el juego político nacional. Las «ventanas» venían así a concretizar la realidad del proceso transicional en el que, tras la ebullición primera, las cosas se decantaron progresivamente y «los líderes políticos alientan o se ven arrastrados, según su capacidad de poder, por ese proceso de decantación»¹³⁸. Así, aparecían entonces Landelino Lavilla, Santiago Carrillo y Adolfo Suárez, ante la entrada del Congreso de los Diputados y encuadrado por los dos leones

¹³⁵ Ventana del día, *Ya*, Madrid, 7-XI-1982.

¹³⁶ Sobre el particular, y no sin cierta mordacidad, *ABC* no se privó por su parte para dejar caer que, en México y como querían los cánones, sí se tendría derecho a ver la obra.

¹³⁷ Y todo ello, evidentemente, sin olvidar el principio de la profunda crisis económica que, sin visos de solución, se cernía, con cada vez mayor peso, sobre el periódico de la calle Mateo Inurria.

¹³⁸ Eduardo Sotillos, 1982, *El año clave, op. cit.*, p. 89.

emblemáticos. Con una simbólica incuestionable – uno miraba hacia la derecha y el otro hacia la izquierda – que venía pintiparada para el mensaje que el dibujante quería difundir: en el nuevo Parlamento, ya no quedaba realmente espacio para alternativas diferentes a las propuestas por el bipartidismo emergente. Por ello, los tres líderes políticos, sin intercambiar palabra y manifiestamente apesadumbrados, pensaban sin embargo al unísono que «¡Se “bipolarizó”!»¹³⁹. Como un acta de defunción política difícilmente asumible, pero insoslayable. Para *Dátile*, el panorama nacional quedaba despejado – para bien o para mal, eso ya quedaba por ver – y ponía definitivo punto final, por si aún quedaban dudas, a la España «del consenso». Para *Ya*, podía ser incluso hasta un buen síntoma. De hecho, en su editorial del mismo día 30, el periódico de EDICA concluía, tras «el auténtico terremoto político»¹⁴⁰ que había supuesto el triunfo socialista, esa ineluctable bipolarización «no nos alarma»¹⁴¹. Sobre todo, evidentemente, en lo que al declive de Santiago Carrillo se refería: comentando la anunciada voluntad del líder comunista de seguir pese a todo en la política activa, el diario apuntillaba que «sólo con que se mantuviera aferrado a su sillón otros cuatro años sería suficiente para que no quedaran restos del Partido Comunista en España. Siga, siga, don Santiago»¹⁴². Una actitud del político que confirmaba, por vía de consecuencia, una insuperable incapacidad para reconocer los errores propios y para poner en tela de juicio sus propias opiniones y escala de valores. Algo que, en la viñeta del día, *Dátile* hacía extensible a toda la clase política: «Cuanto más profundizo en la autocrítica de mi fracaso, más me convengo de que la culpa es de los demás»¹⁴³ le comentaba a su interlocutor, un hombre cómodamente sentado en su sillón. *Dátile* no daba ninguna pista sobre el tema de la conversación ni sobre el objeto del fracaso en cuestión. Obviamente, no lo necesitaba. Era una prueba del grado de confianza que depositaba en el lector para que éste completara correctamente el mensaje. En esta ocasión, *Dátile* echaba sin duda mano del chiste fácil, con buena dosis de perogrullada: en puridad, en

¹³⁹ Ventana del día, *Ya*, Madrid, 30-X-1982.

¹⁴⁰ «Nuevo Gobierno, nueva oposición», *Ya*, Madrid, 30-X-1982.

¹⁴¹ *Ibidem*.

¹⁴² «La frase», *Ya*, Madrid, 5-XI-1982.

¹⁴³ Ventana del día, *Ya*, Madrid, 5-XI-1982.

democracia sólo podía ser así ya que una debacle electoral era necesariamente la consecuencia de la decisión de «los demás», de los votantes que habían preferido otras propuestas. Con todo, no dejaba de incidir en la carencia esencial que, según Dáneo Palacios, había aquejado a la clase política nacional desde prácticamente el referéndum constitucional: un creciente aislamiento respecto a la sociedad, una incapacidad para comprender su evolución y sus perspectivas. De ahí el desencanto de los españoles, tema persistente en las viñetas de *Dátile*, y, manifiestamente, el valor de esa «bipolarización» impuesta por las urnas, como único medio de reactivar una dinámica más esperanzadora. Por ello, casi dos semanas después del escrutinio, *Dátile* se hacía eco, entre atónito y perplejo, de la supuesta voluntad de «fundar un nuevo partido comunista y otro de centro»¹⁴⁴. Como a menudo, el humor provenía de lo absurdo de la situación. Sólo que, en este caso, el disparate consistía en el empecinamiento de algunos en no saber ver y no querer escuchar lo que los españoles habían decidido. Los auténticamente inadaptados al sistema democrático quedaban así señalados. Lo cual no significaba, tampoco, que *Dátile* y *Ya* estuvieran mejor sincronizados con la opinión pública española: la consolidación de una única oposición de derechas – bautizada en su momento, para intentar empañar en algo la euforia socialista, como el «triunfo de Alianza Popular»¹⁴⁵– alimentó aparentemente la creencia de llevar por fin a buen puerto esa «mayoría natural» antaño imaginada por Manuel Fraga y que, con los estertores de la UCD, no podía tener ya el más mínimo viso de realidad. *Ya* se situaba por lo tanto resueltamente en la oposición. Pero todo parecía indicar que, incluso esa adscripción en el antifelipismo, no se inscribía necesariamente en el marco que la sociedad española contemplaba como más eficaz.

¹⁴⁴ Ventana del día, *Ya*, Madrid, 10-XI-1982.

¹⁴⁵ «Todo es según el color», *Ya*, Madrid, 2-XI-1982.

Conclusión

Las viñetas de *Dátile* dejaban bien claras dos cosas: no quedaba sino resignarse ante una victoria socialista que se había antojado ineluctable desde el principio, y que tal perspectiva era fuente de honda preocupación. En el universo del dibujante todo parecía entonces concurrir a una preocupación de idéntica índole en el conjunto de la sociedad. Tal vez ello se debiera a que, como siempre, Dáneo Palacios se focalizó en la clase media española que, teóricamente, no podía mostrarse en sintonía con el programa de un Felipe González que habría dicho «claramente que su partido no camina hacia la socialdemocracia»¹⁴⁶, según había pregonado *Ya*. Para *Dátile*, lo principal siguió siendo – como en ocasiones anteriores – la alta tasa de indecisión de los españoles que, al igual que anteriormente, le hacía temer una abstención que viniera a desvirtuar los resultados finales y, por ende, el sistema democrático en sus fundamentos. Bien es cierto que los datos de que se disponía, a lo largo del mes de octubre, dejaban aparecer un número considerable de votos aún sin dueño fijo. Con todo, cuando desde las Autonómicas de Andalucía, todo parecía ya resuelto en favor del PSOE, el temor de *Dátile* más bien se asemejaba a una deserción de las urnas de aquellos votantes que pudieran tal vez poner coto a lo que ya se preveía como una victoria arrasadora de los socialistas. En otras palabras, *Dátile* – y contrariamente a las elecciones precedentes – se mostró como un observador mucho más implicado, menos distante. Aunque sin llegar nunca a manifestar abiertamente una preferencia por tal o cual candidato. Su mesura y su rechazo consubstancial de todo tipo de estridencia no se lo permitían. Pero dejando indicios, que difícilmente podían pasar desapercibidos, de lo que no quería. De ahí, sin duda, esa mayor carga de pesimismo que rezumaban en ocasiones sus viñetas: la corriente que, para él y *Ya*, había permitido salir de la dictadura y poner en marcha el sistema democrático había pasado a ser, como partido, un auténtico cadáver político ambulante y lo que podría ser su alternativa positiva debería esperar cuando menos cuatro años más antes de pensar en ejercer responsabilidades. Esa bipolarización se erigió súbitamente en una

¹⁴⁶ «Debe agradecerse», *Ya*, Madrid, 1-X-1982.

realidad política potencialmente desestabilizadora que la España de 1982, con la *Operación Cervantes* recién desmantelada, no necesitaba en absoluto. El *consenso* había dejado definitivamente de existir. Con el PSOE en el poder, todo podía ocurrir, según dejaba entrever – siempre con tacto y moderación – el histórico dibujante de *Ya*. Obviamente, no poseía bola de cristal alguna que le permitiera otear el horizonte nacional. Pero, contrariamente a 1977 y 1979, *Dátile* parecía negarle, desde su *Ventana del día*, una apertura, incluso angosta, por la cual pudiera filtrarse la esperanza. La familia española de *Dátile* volvió pues a su universo cotidiano y a su rutina habitual, pero sin la misma energía que le había insuflado el dibujante, a su manera a veces ilógica o irracional, hasta entonces. En este punto, es donde aparecía que, tanto *Dátile* como *Ya*, tal vez hubieran dejado de estar en plena sintonía con la sociedad de su tiempo. Y en lo referente al diario católico, su declive ya no tendría asideras a las que agarrarse: sólo con las pérdidas económicas de los ocho primeros meses de 1982, ya se podía presagiar la catástrofe por venir¹⁴⁷.

¹⁴⁷ Martín Aguado José Antonio y Vilamor José R., *Historia del Ya. Sinfonía con final trágico*, op. cit., p. 181.